

gría, el Eufrates se espacia por los prados con sus inundaciones, el Tigris se hunde en su profundísimo cáuce, la catarata se lanza con igual impulso de las altas rocas, las estrellas se bañan en la suave luz; y el hombre, sólo el hombre muere. Cuando la mariposa pliega sus alas y se pierde, sabe que, suspendida su semilla de la hoja del árbol, ha de dar nuevas larvas, de las cuales saldrá, tiñendo sus alas en más espléndidos colores y embriagándose en más suaves aromas; pero cuando el hombre rueda en la eternidad, no sabe qué será de su existencia, misteriosa estela pronto borrada. Y el sepulcro es un lecho donde las sienes agitadas descansan y el corazón deja de sentir la tempestad de las pasiones. Sobre sus frias tinieblas se sacude la flor de la vida, y aunque el tiempo busque el recuerdo de los seres que se extinguen, sólo encuentra frios y quebrados huesos. Flor, tú tienes semilla; árbol, tú tienes yemas que te den nuevas hojas; estrella, tú tienes el sol que te presta siempre luz; pero el hombre no lleva en sí más porvenir que la muerte. Preparad el ara, ceñidla de flores, encended los pebeteros, derramad esencias, reunid los sacerdotes, y que la sangre del esclavo suba en espiral de humo á las alturas, á fin de satisfacer un

poco el olfato de la muerte, que va siempre husmeando cadáveres para hartar su insaciable hambre.

NINIAS (*solo*).

Las luces se apagan, los vapores del vino se disipan, la música se pierde á los léjos. La luna brilla y lucha con los primeros albos del nuevo día. Desde esta ventana descubro toda Babilonia; á los léjos los canales llenos de dorados barcos, separándonos de las hambrientas tribus de los bárbaros; más cerca los diques levantados por infinitas generaciones y cubiertos de aromáticas flores y de verdes enredaderas; en el centro los azules lagos engarzados como esmeraldas en las sandalias de la gran ciudad; enfrente el templo de Belo con sus esfinges que duermen, la torre de los magos, sobre cuya cima flotan como un blanco velo las gasas de las nubes, el santuario de Militta con sus techumbres doradas, las puertas de acero que parecen espadas pendientes de un cinto, el fuerte de Nemrod que se pierde en los cielos, gigante que vela el sueño de Babilonia; y alrededor de todos estos edificios, que cada uno representa el pensamiento de una edad y el alma de un génio, la palmera que destaca en el hori-

zonte su verde copa, las espigas de sésamo, el sáuce á cuya sombra duermen las palomas, el ciprés melancólico y sombrío, la orla de vegetacion encerrada en los inmensos desiertos donde crece el incienso y llora amargas lágrimas la mirra, como para enseñar á todas las razas que pasan en sus camellos cuán cerca está la muerte de la vida. ¡Qué alegre es la gran ciudad! El aire exhala suspiros de amor, los jardines embriagan con sus aromas, la vida es continuo festin, el culto ardiente orgía, la mujer vaga siempre en sueños voluptuosos, los navegantes cantan en los canales las amorosas canciones del Mediodía, los viajeros que vienen de los cuatro puntos del horizonte buscan aquí reposo y contento: que Babilonia es pebetero que perfuma los cielos, lecho que convida á todos los placeres, jardin donde vuelan todos los amores, palacio de incesantes fiestas, hermosa reina que atrae con sus besos á todas las razas de la tierra, ansiosas de reclinar la frente en su amoroso seno. Ninguna ciudad puede igualarte en hermosura. Tú oyes todas las lenguas; tú guardas todos los dioses que has visto pasar errantes por el desierto; tú ciñes á tu cuerpo el lino de la India y la púrpura de Tiro; tú llevas en la mano cañas cinceladas donde están

las maravillas de todos los héroes; tú te asientas sobre piedras que el Eufrates ha arrastrado y que el genio de tus hijos ha convertido en animales simbólicos; tú apoyas los brazos en cilindros de jaspe ornados de estrellas de oro que parecen caídas del cielo; tú llevas pendiente de la garganta un collar de záfiro, de esmeraldas, y cada hijo del Asia engarza una joya en tu corona, y se lleva en sus sandalias un poco de polvo de tus calles para cubrir sus sepulturas y consagrar sus templos. Pero ¿qué voz plañidera viene á quejarse en mis oídos? El viento que se levanta en el desierto es un largo gemido. Y ese gemido me dice que algun día se emponzoñarán las aguas del Eufrates, y caerán una tras otra las piedras de los templos, y se fundirán los idolos de bronce, y se quebrarán las esfinges de mármol, y se perderán las tablas en que mis magos graban las palabras escritas por Belo con signos de estrellas en el firmamento, y desaparecerán los jardines de Semíramis, y en ese rio cubierto de barcas sólo anidará el cocodrilo, y en este floreciente espacio se extenderá un sudario de arena, y en los cimientos de estos templos harán sus madrigueras los tigres, y en las terrazas desplomadas sólo se oirá el cántico del buho, y Babilonia, la Babilo-

nia que ahora habitan todas las razas y saludan todas las gentes, será un desierto donde no encuentre el caminante ni un oasis para levantar su tienda. Pero ¿quién podrá arrancarte, ¡oh esfinge coronada de flores! de ese pedestal en que desafías á los siglos? ¿Quién hará cimbrear estas columnas, que son más fuertes que montañas? ¿Quién podrá hacer envejecer á Militta, que resplandece con eterna hermosura? ¿Quién arrancará de las manos de Belo sus sangrientos cometas? ¿Dónde está la fuerza que se atrevería á acercarse hasta el lecho de Thamo, ó que pueda arrojar á los abismos los cocodrilos de bronce, las serpientes aladas, las mariposas de oro, las águilas, los elefantes, los animales que representan las varias formas de la vida? No, no; vuestro rey no lo consentirá. Pero ¿qué pasa por mí? A la luz de la luna, entre las dudosas sombras, veo las esfinges mover sus alas, los dioses reirse de mí, las serpientes de bronce morderse las colas, todos los animales simbólicos danzar en un círculo mágico; y de cada altar, de cada piedra se levanta una voz que me aterra, y una música que me embriaga y que me produce un vértigo tal que creo que se va tras ella mi alma. Decidme, decidme el secreto de este delirio.

LAS ESFINGES.

Nosotras estábamos encerradas en la naturaleza como la flor en su capullo, sin conciencia de nuestro sér, sin presentimiento de nuestra vida, cuando un soplo del espíritu nos despertó en los espacios, nos dió este hermoso rostro, nos ciñó coronas de laurel, y nos destinó á guardar el sueño de los dioses en los altares de Babilonia. Pero nosotras no podemos, no, vivir así; porque si nuestra cabellera brilla como el rayo de la luz en la frente de la estrella, si nuestros ojos son azules como átomos de los cielos, si nuestros lábios son fragantes como la primer rosa que se abre en la primavera, si nuestro pecho palpita como el arbusto animado por la encendida sávia; nuestro cuerpo está aún atado á la materia, sujeto á la tierra, y no podemos volar, no podemos bañarnos en el primer albor con que la aurora tiñe los horizontes, ni respirar el aire perfumado en que vagan las nubes, ni espaciarnos oyendo el cántico del ruiseñor y entrelazando las coronas de verberna en el seno de los bosques, ni rejuvenecernos recibiendo las irradiaciones de la vida universal. Una voz del cielo ha bajado á nuestros oídos, nos ha hecho suspender nuestra oración, y nos impul-

sa camino de Occidente por los espacios del desierto. Nosotras llevaremos en nuestras garras la guirnalda de flores que ha de unir un mundo con otro mundo, una forma de la vida con otra forma nueva, la edad pasada con los venideros tiempos; porque el secreto del Oriente palpitará en nuestras sienes y se exhalará como un himno de nuestros rosados lábios. Al llegar al borde del desierto, cuando sintamos derramarse por las venas el licor de la nueva vida que ha de ser nuestra gloriosa trasformacion, daremos un «adios» á estas noches del Asia, embalsamadas por el incienso, henchidas de suspiros de amor, arrulladas por los rumores de los bosques, engrandecidas por las meditaciones místicas de mil pueblos, consagradas por los pensamientos divinos que los orbes trazan en los cielos con sus cadencias y sus armonías. Y al sentir el aliento de la nueva vida, el calor del nuevo mundo, el suspiro de la nueva edad, el cántico de las nuevas generaciones, así como la mariposa, cuando siente el tibio sople de la estación florida, sacude su largo sueño, rompe su larva, toma alas de gasa, las pinta con los colores del iris, y vuela libando las esencias de todas las florestas, errante de árbol en árbol, y de capullo en capullo, y de flor en flor, nosotras nos desce-

ñiremos de estas formas, dejaremos este cuerpo, sacudiremos estas diademas, y tomando vestidura más espléndida, y extendiendo nuestros brazos á otras regiones, como el ave que va á levantar su vuelo, nos perderemos en mares de nueva vida, trasformadas en radiantes diosas. Pero no llores, no, rey del Oriente; porque antes de abandonar el Asia depositaremos como ofrenda al pié de los nuevos altares la lámpara llena de aceite de sésamo para iluminar el templo, la copa de oro para dar de beber á los pueblos el jugo de la antigua vida, y así no se perderá ninguna hora del tiempo. Si quieres, pon sobre nuestras espaldas tu dios, que nosotras lo llevaremos donde suenen arpas más armoniosas, y crezcan flores más pintadas, y canten vírgenes más bellas, y haya altares más sublimes y levantados á orillas del celeste mar en las cumbres de las montañas coronadas de mirto y de lentisco. Al deslizarnos en las ondas y ceñirnos la corona de espuma, como guardaremos aún el secreto de lo pasado, los pueblos de la orilla nos llamarán para preguntarnos lo porvenir, y escribiremos con estelas, con rayos de la luna en la superficie del mar nuestro secreto, como escriben los dioses en el cielo con estrellas su pensamiento. Y al acercarnos á las costas con un

cántico de amor en los labios, del seno de la ignorada tierra, como del fondo del caos, surgirá un mundo hermosísimo que será el arpa de la creación, el bosque de los dioses; y al estallar en la playa coronado de guirnaldas de flores, levantará á los cielos en la primera irradiación de su vida immaculados pensamientos. Y de cada grano de arena de aquellas playas, de cada gota de agua de aquel mar, de cada hoja de aquel bosque, de cada suspiro de aquellos aires surgirá un dios; y todos esos dioses llenarán como nubes de pintadas mariposas los cielos. Y nosotras, vestidas de espumas, coronadas de algas y de perlas, con las brisas por alas, el iris por arco, el rumor de las olas por cántico, y las luminosas estelas por dorado cinto, nos meceremos en las celestes aguas, velaremos el sueño del sol, danzaremos en torno de la cuna del astro de la noche; y el navegante al pasar encenderá la resinosa tea en la proa del barco y quemará en nuestro loor rosas y verbenas; porque nosotras, hoy inmóviles y pesadas esfinges, oprimidas bajo el peso de la materia, pegadas á este pedestal, mudas, informes, nos transformaremos en las hermosas sirenas que, ligeras como las gasas, móviles como las ondas, impalpables como las áuras, han de ser en el seno de

los mares la riente primera ilusión del alma de la naturaleza. Adios, rey de Babilonia: que vamos á tomar el camino del desierto.

NINIAS.

¡Irse! No. ¿Quién sostendrá mi lecho? ¿Quién podrá llevar sobre su frente el peso de los altares? ¿Quién velará á la entrada de los templos el sueño de los dioses? ¿Quién sostendrá á Babilonia? ¡Oh! Babilonia sin esfinges será un cielo sin astros. Detenedlas, columnas gigantes, ya que de vuestro seno han nacido, detenedlas.

LAS COLUMNAS.

Un cántico se eleva de nuestras piedras para anunciarnos que también tendremos florecimiento y nueva vida. No hemos de vivir siempre pegadas al muro, esclavizadas, recibiendo inertes el geroglífico que escriban al pasar las generaciones. Si el viento se levanta y en sus ráfagas trae montes de arena para precipitarlos sobre Babilonia, el suspiro del espíritu difundido por toda la creación nos dará una nueva forma y nos envolverá en nuevas vestiduras; porque si los imperios mueren, no mueren los dioses. Nosotras, hoy hundidas en tierra, sosteniendo montañas inmen-

sas en nuestras gigantescas espaldas, representamos la inmovilidad de esta vida oriental. Pero si se han de borrar los imperios como se borra el paso del caminante en el desierto, no se han de borrar, no, las ideas que viven radiantes en nuestras piedras, y que se exhalan de nuestra superficie como la luz del disco del sol. Y cuando el tiempo, armado de su martillo, venga á demoler á Babilonia, irémos camino de Occidente en hombros de los pueblos que nos han tomado por signos de sus ideas y por jalones de su peregrinacion á través de la tierra. Y sacudiremos esta pesada capa de argamasa, y nos limpiaremos de estos oscuros geroglíficos, que caerán de nuestras piedras como caen las hojas secas en otoño de los gigantescos árboles; y tomaremos la forma hermosísima de la mujer, dejando la tosca forma del elefante y la tortuga; y nos levantaremos al cielo solas y erguidas como la palmera; y sostendremos ligeras cornisas como una diadema cincelada; y nos ceñiremos floridas guirnaldas entrelazadas con la espinosa hoja de acantho; y siempre de pié, veremos acercarse á lamer nuestro zócalo de mármol las ondas de los siglos, que se retirarán reflejando nuestras líneas, admiradas de la hermosura y de la armonía de nuestras formas. Y

así habitaremos un mundo de armonías, guardaremos dioses risueños y hermosos, viviremos en perpétua comunicacion con la naturaleza, como si su sávia se derramára tambien por nuestras moléculas, sostendremos el templo sagrado en que ha de centellear el fuego del nuevo espíritu, y seremos una nota más, una cadencia más de ese eterno cántico que de esfera en esfera sube á los cielos como la oracion del alma de la naturaleza.

NINIAS (*cayendo de rodillas ante el altar de Thamo*).

Dios, dios protector de mi pueblo, ¿va á morir el Asia? ¡Ay! Si sus árboles pierden las hojas, ¿dónde encontraremos abrigo? Si sus palmeras se tronchan, ¿dónde iremos á buscar el signo de la victoria? Si sus elefantes perecen, ¿qué sosten podrá tener el guerrero? Si se secan sus flores, ¿con qué se adornarán las doncellas? Los altares de los templos no tendrán incienso, los mantos de los reyes no tendrán púrpura, las túnicas de los sacerdotes no tendrán lino, las coronas de los dioses no tendrán ni ópalos ni esmeraldas. Va á morir esta tierra en que las montañas llevan una diadema de eternas nieves, en que los bosques

entrelazan á la encina y al pino el limonero y el granado, en que el desierto extiende su manto de oro y los lagos sus verdes y claras aguas, en que el volcan encierra la antorcha del primer fuego de la creacion, y las llanuras van á perderse blandamente en brazos de los mares, en que la naturaleza ha cincelado sus más gigantes obras, capaces de albergar una nueva generacion más grande que estos pobres parásitos que viven soñolientos en sus inmensos espacios. Muerto el Oriente, no habrá un pebetero que perfume la tierra, no habrá un sacerdote que hable de Dios á los hombres, no habrá un mago que cuente las estrellas, no habrá un oráculo que interprete todos los misterios, no habrá ni un árbol á cuya sombra reposar en paz. No lo consentas, no, Thamo, no lo consentas. ¿Rodarán por el suelo las piedras de tus pirámides? ¿Se romperán una contra otra las puertas de acero de tu templo? ¿Cae-rán en el polvo los altos muros que se burlan del tiempo? La mano del extranjero, del que no oye hablar de Babilonia sino con pavor, ¿será osada á destrozár tu lecho? Tu imágen de oro, que se alza en el altar más alto del templo, ¿será arrastrada en los carros de los bárbaros? ¿El sol se dormirá para siempre, sin querer defender con

sus dardos de fuego la ciudad sagrada? ¿Hera tendrá dormida en su seno la serpiente cuando vengan sus enemigos á herirla? ¿Rhea no azuzará sus leones de oro? ¿No querrás defender los cráteres de plata, los pebeteros de ámbar? Los animales trazados en las paredes de tu templo, ¿no se despertarán á perseguir á los que vengan á turbar su largo sueño? Nemrod, el gran Nemrod, que ahora duerme bajo una montaña, rodeado por las aguas de dos rios que se entrecuchan á sus piés, ¿no levantará con su cabeza el gigante peso, y teniendo su arco más grande que un cedro, no derribará en el polvo á todos sus enemigos? Thamo, no te vayas. En ninguna region de la tierra tendrás agua tan pura, flores tan olorosas, templos tan grandes, altares tan lucientes, pebeteros tan perfumados, ni doncellas que canten tu vida y llorèn tu muerte como en Babilonia.

THAMO.

Quiero una primavera perpétua, y aquí los árboles se agostan, los rios se secan, y el desierto viene á más andar á tragarse los muros de Babilonia. Un rayo de la luna me llevará á otra region, y la blanca espuma del mar se tenderá á

mis piés como una barca de plata, para mecirme sobre las ondas y conducirme á mis nuevos altares. Esta mañana han venido todos los dioses del Oriente: el que tegió las formas de todas las cosas, el pastor de la cabellera de luz, el que habita en las nubes, el que centellea en el relámpago y habla en la tempestad, el cocodrilo que venia cansado de Egipto, la culebra que traia en su piel flores de la India, el ibis y la grulla sagradas que murmuraban en mis oídos palabras del cielo; Indra coronado con los rayos del sol y tendido en las nubes que resbalaban sobre los espacios; Militta ceñida de áuras y agitada por el amor; Anaitis coronada de rosas, que destilaba de sus lábios la miel de la esencia de la vida; Belo, que traia enroscados los signos del zodiaco; el coro de las Horas, que danzaban en suave concierto sobre mi frente, y todos me han dicho: «Ven donde el sol se pone, que allí renacen los dioses con nueva vida, y aquí se mueren de muerte inevitable, porque una espada de fuego se extiende sobre el Asia.» Y en una vision que pasaba por los ojos del eterno Brahama he descubierto una tierra que se mecía como cuna de azucenas en un mar celeste, y allí he presenciado el nacimiento, la irradiacion continua de nuevos dioses. El génio del

porvenir, que flotaba sobre el coro de las divinidades orientales, me ha dicho que en esa tierra tendré un carro de labranza tirado por bueyes, un haz de dorado trigo donde sentarme, coronas de amapolas para mis sienes, vestiduras de yedra y de pámpanos, vírgenes que en mis aras quemarán coronas de verbena, una lira para entonar mis eternos cánticos, y amores en mi vida y lágrimas para mi sepultura. Pero mi muerte será como es para los mortales el sueño, y me despertaré con más fuerza, con más vida, con más lozana juventud. Y la diosa de la hermosura, de rodillas á mis piés, me contemplará dormido, llorará mi largo sueño, hará que sus ninfas entonen himnos para arrullarme; y cuando abra yo los ojos, me llevará consigo al fondo del Océano, á sus palacios de cristal, á su lecho de espumas. Si, los dioses emigramos como las golondrinas, porque hemos menester el calor del espíritu, y aquí el espíritu se pierde y se evapora. Este templo es demasiado grande para mí y tengo frio. Aquí me cuesta mucho trabajo hacer brotar la vida en la naturaleza. Déjame partir á otra tierra. En aquellos mares, en vez de boas, habrá nereidas. En aquellos rios se reflejará el cielo con perenne alegría. En aquellos campos, si no crece la palmera, crecerá el

laurel. Yo necesito una montaña celeste, un mar tranquilo, un riachuelo que se pierda cantando entre las guijas, la grata sombra del limonero perfumado de azahar, la vista de los bosques de adelfas, el arrullo de la paloma, el sueño tranquilo sobre la yerba, el lejano rumor del mar que regale con los ecos de sus ondas y de sus brisas mi amor sublime por la naturaleza.

NINIAS.

Tú tambien nos abandonas. ¿Crees que vas á encontrar otra vida en la nueva tierra que te llama con el reclamo de sus brisas? ¡Infeliz! Detente. No te vayas. ¡Ah! Los dioses me parecen espectros. Ruedan en torno de mí como los vagos fantasmas de un sueño. Se van, se van en larga procesion. Parecen esas bandadas de grullas que al caer la tarde levantan su vuelo hácia Occidente. ¿Y nos dejais, nos dejais? ¿Quién os abrigará? ¿Dónde volvereis á respirar el olor balsámico del incienso? ¿Quién os ceñirá una corona de perlas y de esmeraldas? Los altares, las aras, los templos caerán bajo el peso de vuestros pasos. Segareis en flor todas las ideas religiosas. Con ese camino continuo vais á hacer del mundo un gran ateo que se ria con sus convulsiones de vuestro

poder, y escupa al cielo la amarga espuma de sus mares. Deteneos, y si os vais, no os lleveis el espíritu de Babilonia, porque la gran ciudad caerá en el desierto como el camello que muere de sed y de fatiga. ¡Oh, Anaitis, diosa de la naturaleza! Tú jamás podrás abandonarnos. Tú no tienes hijos, porque las formas de todos los séres nacen de tu esencia sin que las engendres; tú no tienes tampoco esposo, porque tu fecundidad está en tu misma sustancia, en tu propio sér. No, no abandones á Babilonia; porque si tú la abandonas, contigo la abandonará esta tierra en que se levantan los cimientos de los templos y de los palacios. Quédate tú, y al ménos se quedará contigo la naturaleza.

ANAITIS.

Yo tambien me voy, porque el suspiro de la brisa me acaricia el rostro y me llama hácia Occidente con los sonidos que derrama en torno de mí y con las esencias que trae en sus ligeras y celestes alas. Yo, que soy madre de la naturaleza, no puedo vivir aquí produciendo sólo séres inmensos, deformes, gigantescos, borradores de la organizacion, ensayos de la vida, preludios roncocos de la verdadera armonia. Aquí habeis sepul-

tado mi espíritu, que ansía volar, en una piedra negra más pesada que la losa de un sepulcro. Déjame que la rompa como la semilla rompe su película, como la hoja su yema, como la flor su capullo, como la mariposa su larva. Yo que veo en el seco tronco derramarse la sávia, encender todas las moléculas, brotar en verdes hojas y gayeras flores, circular con perpétuo movimiento, correr desde la última fibra de la raíz hasta la última hoja de la copa que se pierde en el cielo, esparcirse en los aires como un espíritu alado é invisible con las esencias y los aromas; yo he de creer en la renovacion de la vida divina, en el florecimiento de los dioses, en la primavera de la vieja theogonia del Oriente. Déjame, pues, déjame que gima en bosques rientes; que me lave los piés, manchados con las arenas del desierto, en claros arroyos; que me duerma al pié de los mirtos, viendo el sol relucir en el mar y escuchando el cántico de la cigarra; que me descina de estas pesadas vestiduras de piedra, y tome por túnica la celeste áura; que me arranque las diademas de ópalos y esmeraldas, y me corone con una guirnalda de azucenas, de cuyos cálices salgan volando pintadas mariposas; que abandone estos templos inmesos, gigantescos, estas pirámides, estos

geroglíficos, para ir á otro templo cuyas piedras sean las notas de un cántico, y cuyas columnas árboles de un bosque, y al pié de cuyos altares, hechos de blanco mármol y levantados en los altos promontorios, se oigan los coros de las vírgenes mezclados con el eco de las olas. Nosotros, los dioses, no gustamos de los sacrificios de Oriente. Ahora mismo, bajo las bóvedas de los templos orientales, al pié de sus altares, un desgraciado, pálido, delirante, aguarda á que llegue el sacrificador y le clave la cuchilla en la garganta, para caer sobre el ara y entregarnos su sangre en holocausto. Y los dioses que no son antropófagos como eran sus padres en los bosques, huyen á otra tierra más plácida, dejándose aquí sus formas, como la serpiente se deja su piel en el desierto. Ya no queremos libar en la copa del sacrificio más sangre.

NINIAS.

¡Ah! Es verdad. La sangre de mi esclavo va á correr en los altares de Belo, y los dioses no quieren ya oler sangre humana. Detengámonos, suspendamos el cruento sacrificio. Voy á decir que no preparen el ara, que no afilen la sangrienta cuchilla. Detenéos, sacerdotes, detenéos. No in-

moleis de ninguna suerte á ese hombre, porque los dioses no quieren sacrificios humanos. ¡Ah! Mi mente desvaría. Mis sentidos se oscurecen. Me falta tierra bajo las plantas, y aire para respirar. Veo andar los cocodrilos, huir las esfinges, volar los dioses, quedar desiertos los altares, vacías las aras. Detenéos. No os trasformeis, dioses de mis padres. Y se van cantando, con la alegría pintada en el rostro. ¡Ay! Quisiera detenerlos. Suspended, suspended vuestra carrera. (*Va á andar, y se cae*). Parece que un rayo me ha herido en la frente. Veo sobre mí extenderse una negra nube, y en sus ondulaciones y en los pliegues de sus tinieblas dibujarse, como el rojo carmin del sol sobre el ocaso, como el relámpago en la tempestad, génios de mí desconocidos, envueltos en mantos de púrpura, sostenidos por alas de fuego, armados de cometas, soplando en unas trompas negras que fingen el ruido de un mundo que se desploma, despidiendo de sus ojos encendida cólera, y de su pecho gritos que me hielan de espanto y que me anuncian la destruccion de Babilonia, próxima sin duda, porque de otra suerte no volarian sobre su cadáver esos séres, que suben al cielo como sube de las entrañas de la tierra á los aires el fuego del volcan. Callad, callad:

que me partis el pecho, mensajeros de la cólera celeste.

LOS ÁNGELES.

La cólera de Dios se cierne sobre Babilonia como el águila hambrienta sobre su presa. El rayo hierve en los abismos, y serpenteando en lo infinito, cae sobre la corona de la gran ciudad, y la convierte en polvo. En vano amontona para defenderse sus altares, sus dioses, sus carros de guerra, sus escudos; porque de todo la despoja el soplo abrasador de la divina ira, como el huracan que se levanta en las arenas del desierto, respirando fuego, despoja de sus verdes galas al orgulloso cedro. ¡Babilonia, Babilonia! Tu rio se sumerge en un lecho de fango, tus sáuces se despojan de sus verdes vestiduras, tus edificios ruedan en el polvo, tus dioses cansados se van hácia Occidente á renovar su vida, tus diademas pasan á las sienes de otros reyes, tus templos desaparecen como la tienda que el árabe ha plantado por la noche en el campo desaparece al dia siguiente, tus hijos huyen diseminados por la fatalidad, como las hojas secas desprendidas del árbol, y el desierto se levanta y viene con sus leones y sus tigres, y su hisopo y sus amargas lágrimas de